

Reseñas bibliográficas

Madrid en un nuevo libro^{*}

Ignacio Ramonet solía distinguir exquisitamente, en el ámbito de la información, entre el *fast food* de una parte y la *grande bouffe* de la otra; si lo primero se destinaba al consumo apresurado y sin contemplaciones, lo segundo era privativo del gran banquete, despacioso y acompañado del deleite en todos sus matices. La distinción viene al pelo para hablar de este libro, porque su contenido nada tiene que ver con los productos que a menudo se encuentran en el mercado editorial, destinados teóricamente a conquistar desde el mundo académico a un gran público, con estilo y vocabulario simplificados, con una idea principal reiterada una y otra vez a lo largo de sus páginas, y pocas ideas secundarias que la abriguen y acompañen. Quien lo lea se va a encontrar, por el contrario, con un producto que no tiene una sola idea, sino varias, y con un estilo que a veces es tan culto como conceptista, que abunda en digresiones —que por cierto se agradecen—; con abundantes aclaraciones entre paréntesis, largos párrafos y subordinadas complejas. Es fácil, en fin, que el lector frenético y amante de los ensayos ágiles, el comprador de lecturas para leer en la playa o devorar en el aeropuerto, se despiste con un libro que ni tan siquiera tiene unas conclusiones estratégicas para resumirle lo que, teóricamente, tendría que saber ya de haberlo leído, sino unas tan sorprendentes como sabrosas “Notas al margen” dispersadas en sus 26 páginas finales.

El libro se estructura en una serie de “miniaturas” —así las llama el autor— que configuran tres retratos emblemáticos del Madrid isabelino. La primera de sus partes dedica sus 72 páginas a “Las casas del maragato Cordero, 1841-1858”, en donde, siguien-

do las peripecias inversoras del tal Santiago Alonso Cordero, se reconstruyen las estrategias familiares, las redes de contactos en el tejido social y político madrileño, y las prácticas inversoras del conocido como “Maragato”, y que explican algunas de las reconfiguraciones emblemáticas del tejido urbano de la ciudad con todos sus pormenores. La segunda se centra en el análisis, en 56 páginas, de “*Una nueva ciudad de calles interiores y cubiertas*: los pasajes comerciales madrileños, 1839-1848”, en donde se analizan las derivaciones que tuvieron estas estructuras en la reorganización empresarial de las actividades comerciales, su distribución geográfica en la trama urbana, y sus tipologías arquitectónicas y espaciales. Los pasajes, en fin, fueron un emblema de una nueva mentalidad ciudadana y un espacio de representación burguesa que el autor examina rememorando lo que Walter Benjamin había esbozado ya hace tiempo, o lo que los *cultural studies* habían explorado ya en otros territorios urbanos, pero que necesitaban de una lectura como la de Sierra para esta época y este escenario madrileño. La tercera de estas partes, en fin, se centra durante sus 224 páginas en siete “iluminaciones” sobre el muestrario social popular de la ciudad en esta época, ofreciendo un retablo de las clases populares madrileñas y sus escenarios urbanos que resulta extraordinariamente vívido y sugerente. El libro se corona finalmente, como ya se ha avanzado, con tres “notas al margen” dedicadas a sugerentes análisis sobre los significados de la “plebe asquerosa” en el contexto sociopolítico de la época; a recoger las tipologías sociales de la época con su correlato científico, criminológico o político, para finalmente detenerse en la figura del niño delincuente.

Se trata, por tanto, de un libro que habla de Madrid, un espacio que ciertamente ha tenido no pocas descripciones y literatura, pero que aquí consigue añadir aportaciones fundamentales que, además, se refieren a un período tan apasionante como decisivo

* Es reseña de Sierra Álvarez, J. (2021). *La ciudad habitada. Tres miniaturas del Madrid isabelino*. Valencia, Fundación Instituto de Historia Social.

en su configuración: el del reinado de Isabel II. En esta reconstrucción el recorrido por las fuentes es tan minucioso como sagaz; el autor se convierte en un sabueso buscando los documentos, cotejándolos entre sí y descubriendo y sacando partido de sus contradicciones; explotando, incluso, sus ausencias y silencios. La labor de documentación, sobre pasa de inmediato el simple acopio de datos, siendo acompañada a menudo de referencias teóricas y anclajes epistemológicos que ligan la base empírica con el campo general de las ciencias sociales, donde el autor exhibe su capacitación sociológica e histórica y, ciertamente, una formación cultural frondosa, capaz de barnizar con notable profundidad interpretativa sus observaciones.

Se nota de inmediato, además, que el autor se entusiasma con su tema, y que sabe transmitirlo al lector. El texto, efectivamente, abunda en sabrosas anécdotas, que distienden periódicamente la presión de una prosa densa en alusiones y referencias. Se agradece por ello, pero también por lo significativo, el detalle por ejemplo del divertido protocolo del entierro civil del Cojo, tabernero que hizo de su funeral un regocijo insólito en compañía de sus amigos en vida; lo mismo que cuando da detalles que explican lugares comunes del lenguaje, como el llamar a un carrusel *tiovivo*, enlazándose el término con la existencia real de un personaje del muestrario social madrileño, el Tío Esteban. Son igualmente reveladoras las precisiones de la multitud de accidentes que sufre una larga relación de simples albañiles sin nombre propio, pero que sirven para poner perfil a las numerosas modalidades de lesiones y muertes padecidas por el gremio en los trabajos asociados a la expansión urbana madrileña, y que se reconstruyen pacientemente a través de los breves de la prensa entre 1845 y 1848. Son detalles así los que permiten rememorar, cruzando datos como los del funeral del Cojo con los provenientes del entierro de un contrabandista zaragozano o los sarcasmos políticos del *entierro de la sardina*, todo un protocolo de resistencia popular cívica y de una laicidad progresista bien trabada, con su cortejo de bandas y canciones jocosas, la presencia ritual del himno de Riego, o el consumo de vino en bota ordenado por mandas testamentarias. Al final, con unas

y otras noticias, se está trazando en realidad una historia de los movimientos populares verdaderamente hecha *desde abajo*, desvelando sus detalles a través de la vida cotidiana, sus costumbres más banales y los lenguajes simbólicos de sus procedimientos de rebelión y resistencia; y capaces desde luego de trazar una historia de las formas de movilización de las capas subalternas —muchas veces prometida pero pocas realmente hecha— imaginativa en sus recursos, y fértil en sus modos de oposición y negociación con el poder. El libro es, en este sentido, prolífico en su descripción de oficios como los de albañiles, lavanderas, aguadores o traperos, con sus prácticas sociales específicas y comportamientos culturales; que han sido más bien poco representados en una historia social *clásica* que prefería remansarse en la gran industria, en los obreros conscientes capaces de superar estadios *presindicales*, o en los proletarios disciplinados protagonistas de grandes y sacrificadas acciones colectivas de connotación fuertemente reivindicativa o directamente política.

Emerge también en el análisis el protagonismo de estratos sociales poco considerados hasta ahora en el retrato social más rutinario, como la sórdida y sobrecogedora historia —y las cifras— de los abandonos de cadáveres de recién nacidos, de los incluseros, de los reiterados infanticidios o de los niños dejados en medio de la calle o desaparecidos. Forman parte, ciertamente, de una historia de la infancia de la que apenas tenemos obras muy generales o artículos dispersos incapaces todavía de articular un relato bien trabado y orgánicamente articulado. En estas páginas, desde luego, se recogen detalles para ello; por ejemplo a través de los rastros del aprendizaje institucionalizado de la violencia por parte de unos niños bien organizados para los enfrentamientos a través de la práctica de las pedreas colectivas, perfectamente ritualizadas e incluso con verdadero público, y que traslucen la defensa cerrada de la cohesión del barrio —al modo como Lisón Tolosana, en su día, explicó las palizas interparroquiales en Galicia— o la identidad de otros grupos sociales urbanos construidos y cuajados en sus oposiciones frente a otros. El aprendizaje social de estas formas de defensa, en realidad, formaría parte de sistemas de educación informal que, teniendo como escena-

rio mucho más la calle que la escuela, podían luego bifurcarse hacia el sufrido trabajo de los niños aprendices —abruptamente convertidos en hombres gracias al salariado— o alternativamente, redirigidos hacia la nube madrileña de granujas, carteristas, ladrones de pañuelos, o todo tipo de raterillos. Todo ello reconstruye los perfiles de un *hampa*, sobre la que no han faltado estudios que Sierra reconoce y cita —cómo no recordar la muy posterior *antropología picaresca* del hampa en 1898 de Rafael Salladas— pero que aquí se perfila con minucia y, de nuevo, con documentación copiosa incluso identificando a sus protagonistas con nombre y apellidos cuando la fuente lo permite. Se agradece, en este sentido, la contribución realizada por el autor para cimentar —es de esperar que no tardando mucho— una verdadera y sistemática historia de la infancia en España; una categoría de edad, por cierto, bastante borrosa historiográficamente pero que aquí al menos se le intenta dar perfil con los testimonios de unas fuentes coetáneas, que la etiquetan como hombres o mujeres que llegan al mundo “bajo la forma de niño pequeño” de menos de catorce años.

El libro es desde este punto de vista, y hay que insistir otra vez en ello, una espléndida muestra de una historia social poco transitada, aunque a la vez importa subrayar que también es, y ante todo, la investigación de un geógrafo de profesión que sabe manejar las fuentes para reconstruir con precisión las lógicas sociales e históricas de un espacio de reconocida personalidad: el madrileño. De suyo, la sensibilidad geográfica se nota constantemente a lo largo del libro y en múltiples registros. Se remansa, por ejemplo, en la descripción de la morfología de los edificios, sus fachadas y sus elementos constructivos junto con las lógicas de sus usos, su gestión y los conflictos a que da lugar. Ensaya también una territorialización constante de las dinámicas y conflictos sociales, con sus patrones espaciales y su cartografía, trasladada en el libro a los oportunos croquis, mapas o figuras; y que permiten ubicar sobre la trama urbana de Madrid, por ejemplo, la zonificación de las pedreas a las que acaba de hacerse referencia, pero también la escolarización de los niños madrileños, las polémicas y tensiones generadas por las nuevas alineaciones de calles o plazas, la localiza-

ción de los pasajes públicos en la trama urbana, la concentración por barrios de los jornaleros madrileños, la distribución urbana de las plazas de aguadores, la de las hogueras de verano barrio por barrio, e incluso el recorrido calle por calle de la reyerta tenida a palo y navaja por celos entre dos esposos...

Quizás, al final de todo, el libro sea tan solo, y nada menos, que una historia minuciosa y cronológicamente acotada de un territorio: el de Madrid; con su cartografía social prolífica y sabrosamente retratada, y con una atención muy especial y gratificante tanto para el historiador como para el geógrafo de la *multitud*; rindiendo un homenaje epistemológico a la teoría social de Edward Palmer Thompson, cuyo peso es bien perceptible en el texto, pero que de nuevo ha dado todavía pocos frutos en el trabajo de campo del historiador convencional del XIX y el XX en España. La multitud aquí tiene verdaderamente rostro. Aparece como ya se ha dicho con sus nombres y apellidos concediéndoles tanto relieve como al que más, y sin que ello dependa de que aparezcan en las grandes acciones políticas, los grandes conflictos más visibles y de resonancia pública o parlamentaria, o las listas que encabezan los organigramas asociativos del tejido de las más vistosas acciones colectivas. Nadie ha de pensar, en todo caso, que el libro se reduce a un retrato exclusivista de *los de abajo*; bien al contrario en sus páginas también encontrará detalles sobradamente interesantes de categorías intermedias como los policías, los funcionarios o cesantes; o, muy especialmente, el registro de una movilidad social que ilustra el ascenso de nuevos burgueses salidos de las filas de la antigua hidalguía, los funcionarios oportunistas o las ganancias de la arriera, reconvertida a los negocios, en el escenario especulador y turbulento del Madrid de la época.

No es fácil hacerle una crítica, en conclusión, a este trabajo. Quizás pueda achacársele el constituir una construcción argumental impresionista, como de mosaico hecho a retazos —de *miniaturas* como se recoge en su título— y sin que una estructura argumental fácilmente identificable guíe al lector a través de unos capítulos que, finalmente, no tienen un epígrafe de conclusiones. Pero es verdad que el libro perdería así parte de su encanto, de su regusto

por el detalle y su riqueza en matices, precisados muchas veces apartándose del trazo de un argumento lineal que puede despistar a parte de sus hipotéticos lectores. El estilo literario del texto, como se apuntó ya al principio de esta reseña, quizás tampoco ayude a algún sector del público académico —al que sobre todo va dirigido el libro— y que muchas veces prefiere la investigación estrictamente ordenada en pasos predeterminados, anunciados en la introducción y recogidos en sus conclusiones; lo

que permite lecturas selectivas y quirúrgicas de los textos ajenos. En fin, el hecho de no incluirse una bibliografía final y una relación de fuentes manejadas tampoco ayuda a visualizar la base, desde luego bien sólida, sobre la que se ha construido el trabajo; en este sentido el autor ni siquiera es justo consigo mismo. Pero dicho esto, no es nada seguro que incorporando todo esto mejorase mucho más el libro. Quizás sería otro, y tal vez mucho menos estimulante.— JORGE URÍA GONZÁLEZ